

VIAJE A MÉXICO (1844)*

Clementina Díaz y de Ovando

A la memoria de Felipe Teixidor

Entre los libros publicados en México en la década de los años cuarenta del siglo XIX está *Viaje a México* de Mathieu de Fossey, traducido del francés y editado en México por la imprenta de Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes número 2.

Aunque *Viaje a México* lleva en la portada la fecha de 1844, lo cierto es que las entregas se repartieron a partir de enero hasta junio de 1845, pues según se lee en el aviso insertado el 26 de diciembre de 1844, en el periódico *El Siglo Diez y Nueve*, del que era propietario y director Ignacio Cumplido, las circunstancias políticas habían detenido la publicación.

El Sr. Mathieu de Fossey, tiene el sentimiento de participar a los señores suscritores a *Viaje a México*, cuya primera entrega debería distribuirse el día 28 del corriente, que con motivo a los acontecimientos políticos se suspende por ahora la publicación de dicha obra.

México a 24 de diciembre de 1844.

Por lo visto la suspensión del *Viaje a México* no duró mucho tiempo, ya que el 22 de enero de 1845, *El Siglo* publicó el anuncio de la aparición de la primera entrega. Considero que para dar una idea de los temas, operaciones, opiniones e intereses de Mathieu de Fossey, bien vale la pena consignar aquí los anuncios de las entregas. El del 22 de enero decía,

el 25 de este mes, se repartirá en la encuadernación del Sr. Chavoix, junto al correo, así como en las librerías principales y en las alacenas de D. Antonio y D. Cristóbal de la Torre.

Va dividida la obra en diez capítulos, formando 12 entregas de 32 páginas cada una con seis litografías, representando: Una vista de Coatzacoalco.

El retrato de un nuevo Robinson.

Una corrida de toros.

Una vista del palacio de Chapultepec.

La cascada de Regla y

La fachada del gran palacio de Mitla que no se encuentra en los dibujos de Dupaix

* Agradezco a Monserrat Alfau de Teixidor en todo lo que vale el haberme permitido consultar esta obra. La ortografía ha sido modernizada.

Los capítulos contienen:

- 1º Ojeada sobre la colonia de Coatzacoalco.
 - 2º Solución del problema sobre la colonización en México.
 - 3º Viaje de Acayucan a Veracruz por el río de San Juan, Tlacotalpan y Alvarado.
 - 4º Veracruz y camino de Veracruz a México.
 - 5º México antiguo y moderno, costumbres, usos y carácter de los mexicanos.
 - 6º Alrededores de México, y viaje a Acapulco.
 - 7º Viaje a las minas del Real de Monte y a Regla.
 - 8º Camino de México a Oaxaca.
 - 9º Oaxaca. Usos y costumbres de los oaxaqueños.
 - 10º Alrededores de Oaxaca. Las Minas. Mitla.
 - 11º Dos palabras sobre la historia de los zapotecas.
 - 12º Índice de los capítulos contenidos en la obra y fe de erratas.
- Se pagarán dos reales por cada entrega

El 31 de enero *El Siglo* consignó la salida de la segunda entrega y el sumario de las materias.

Marcha a Acayucan. Las mujeres de Cosaliac y las de Altipa, que fue la cuna de Da Marina. Ojeada sobre la biografía de esta célebre india. Inmoralidad en las aldeas de Coatzacoalco. Primera comida y el uso mexicano. Aves bonitas. Alaridos en el desierto. Acayucan. Su situación. Las niguas. Abandono del proyecto de colonización.

Segundo Capítulo.

Descripción del Coatzacoalco, y comarcas inmediatas. Sus salidas. Los mixes. Episodio.

La tercera entrega la anunció *El Siglo* el 7 de febrero y, además del detallado sumario y de las materias del tercer capítulo, se daba cuenta que esta entrega se acompañaba de la estampa: *Un nuevo Robinson*.

En el aviso de *El Siglo* de 22 de febrero se decía que la cuarta entrega del *Viaje a México* había aparecido “el sábado próximo pasado”, se daba pormenorizada noticia del contenido del capítulo IV dedicado por Fossey a sus andanzas e impresiones del Puerto de Veracruz, de las ciudades de Medellín, Orizaba, Xalapa y su marcha a la capital de la República. También se hacía saber que la quinta entrega salía ese 22 de febrero, “con una bonita lámina representando una corrida de toros”. En esta quinta entrega, según el anuncio, Fossey se detenía en narrar lo que iba viendo en el camino a México: el paisaje y los volcanes, el cofre de Perote, la Malinche, el Iztaccihualt, el Popocatepetl y las ciudades de Puebla con mención de sus habitantes; Tlaxcala y su Teocali.

En el quinto capítulo que figura en la quinta entrega, el viajero se ocupa de la historia de México.

Últimas emigraciones de las naciones del norte a la mesa de México. Los aztecas. Su imperio. Elevación de Moctezuma II al trono. Su carácter. Llegada de Hernán Cortés. Su entrada en México. Moctezuma preso. Llegada de Narváez. Matanza de los magnates mexicanos de orden de Alvarado. Muerte de Moctezuma. Noche triste. Sitio y toma de México.

El Siglo de 19 de marzo incluía el anuncio de la séptima entrega del *Viaje a México*, de fecha 15 del corriente,

ilustrada con una bonita litografía representando el palacio de Chapultepec, y contiene lo siguiente:

Una corrida de toros. Primera ascensión aerostática. Robertson. La ópera italiana. La señora Pagis. Galli. Las señoras Albini y Cesari. Cabalo. La señora Castellán. Afición de las señoras mexicanas a la música. La opereta francesa en México. Comedias españolas. Teatro de Vergara. Descripción del edificio. Su interior, más grandioso y cómodo que ninguno de París. Atavíos de los petimetres. Manejo del abanico. Cómo vestían antiguamente los hombres, y cómo visten ahora. Jueves Santo, Sábado de gloria, Cofias de las mujeres de los artesanos extranjeros, número crecido de éstos en México. Y ventajas que su presencia va trayendo al país. Los léperos, Anomalía en su carácter.

El 4 de abril, *El Siglo* participaba que acababa de salir la 8a. entrega del *Viaje a México* por Mathieu de Fossey, con el siguiente contenido:

Comparación del pueblo bajo de Europa con el de México. Los facinerosos en la capital en el año de 1835. Es fácil aniquilar hasta el pensamiento del robo. La Habana, Tacón. Duelos entre los léperos. Los soldados mexicanos valientes, Reflexiones, Transición brusca de la plebe a la clase inmediatamente superior, Andanzas notables en las clases altas Instrucción pública, Lo que la naturaleza ha hecho en favor de las señoras mexicanas. Bella virtud. Sociabilidad. La industria nacional estacionaria. D. Ignacio Cumplido. Lo que constituye la aristocracia en México. Reflexiones.

Sexto Capítulo.

Alrededores de la capital. Chapultepec. Tacubaya. San Ángel. El Pedregal. San Agustín. Pascua del Espíritu Santo. El Monte. Peleas de gallos. La Cruz del Marqués. Huichilaque. Cuernavaca. Laborde. Cueva de Cacahuamilpa. Ruinas del monumento de Xochicalco. Acapulco. Su puerto. Su comercio. La Nao. Carácter de los mulatos de aquella costa

El Siglo, el 29 de abril daba razón de haber aparecido la novena entrega del *Viaje a México*, “con una bonita estampa representando la cascada de Regla”. El sumario comprendía Acapulco, la Nao, los negros y los mulatos, así como los asuntos tratados en los capítulos séptimo y octavo.

Capítulo séptimo.

Villa de Guadalupe. Los teocalis de S. Juan Teotihuacan. Otumba. Tulancingo. Tuxpan. Pirámide de Papantla. Colonia Francesa de Jilotepec. El bandido Andrade. Regla. Su hermosa cascada adornada con columnas de basalto. Diferentes modos de extraer el mineral. Real del Monte. La calzada de San Cristóbal. Desagüe de Huehuetoca.

Capítulo octavo.

Salida México para Oaxaca. Derecho de peaje en Tlacotepec. Cuicutlan. Guendulein. Cultivo de la caña de azúcar. Los operarios de la hacienda. Existe de hecho la esclavitud aunque abolida por las leyes. El cepo.

El 6 de mayo, *El Siglo* participaba que ya había salido la décima entrega del *Viaje a México*, consignaba el sumario de los capítulos noveno y décimo.

Sumario.

La oración de los operarios en la hacienda. El bardo zapoteca. Buena disposición de los indios para la música y las artes. El indio se halla feliz en su condición. Reflexiones. El río de las Vueltas. Valle de Etla. Hermoso clima.

Capítulo noveno. Oaxaca. Terremotos. Riqueza de este departamento. Cultivo de la Cochinilla. Los indios esconden su dinero. Ataque de Oaxaca por Acevedo en el año de 1836. La caballería de la Mixteca. La del Bajío. Las mujeres de Oaxaca. Los bailes. Los refrescos. La venerable Sra. Doña Vicenta Cortabarría. Una palabra de gratitud también por la señora Doña Luisa Flores de Jimeno, de México. Reflexiones.

Capítulo X. Aspecto del Valle de Oaxaca, Ricos Cultivos. Talixtaca. San Felipe del Agua. Santa María del Tule. Su árbol gigantesco, el más grueso del mundo después del castaño del Etna. Velorio de una niña entre los indios zapotecas.

El 24 de mayo *El Siglo* notificaba haber salido la undécima entrega del *Viaje a México*,

la que contiene una estampa representando la fachada del palacio principal de Mitla que no existe en los dibujos del capitán Dupaix.

Sumario. Una palabra sobre la historia de los zapotecas. Cuilapa Teocalis y Túmulos. El general D. Vicente Guerrero. Acatlán. Cultivo de la Cochinilla. Las minas de la sierra. Mitla. Descripción de sus monumentos. Justificaciones. Ruinas de Culhuacán de Palenque. Poblaciones de Tabasco y de Yucatán. Color de los indios. Los pintos. Tehuantepec. El añil. Su cultivo. El múrce que da el hermoso tinte de púrpura. Mujeres de Tehuantepec. Recuerdo de mi juventud.

En el mes de junio acabó de publicarse *Viaje a México*, *El Siglo* el 18 de ese mes, dió la noticia de haberse concluido la obra.

Salió la duodécima y última entrega del *Viaje a México* por Mathieu de Fossey, que contiene el índice de los contenidos en la obra con la fé de erratas. Sólo pagan un real por ésta los suscritores de la capital, y un real y cuartilla los foráneos.

La obra entera que ahora se vende en 23 reales en México, se pagará 3 pesos después de pasado el próximo mes de Agosto.

Las personas de los departamentos que quieran suscribir a dicha obra, podrán dirigirse a los señores corresponsales del Sr. Ignacio Cumplido por cuyo conducto la recibirán.

¿Quién era Mathieu de Fossey? (1805-1870). Pocos son los datos que puedo proporcionar acerca de este viajero francés que, según él mismo dice, en el capítulo primero de su libro *Viaje a México* llegó a nuestro país el 13 de febrero de 1831 atraído por la propaganda en torno a la colonia de Coatzacoalcos, colonia de la que apenas tres años antes en 1828, otro viajero el italiano Claudio Linati, introductor del arte litográfico en México (1826), informara en su artículo: "Colonia de Coatzacoalcos" publicado en el periódico *L'Industrial* de Bruselas.¹ También Linati en su obra *Trajes Civiles, Militares y Religiosos de México* (1828) nos dejó la litografía número 23 titulada "Miliciano de Guazacualco" (sic), con un fondo paisajista: la selva y el río. Litografía acompañada como todas las demás de un texto que aclara lo que el gobierno mexicano pretendía con esa colonia.

La poca seguridad que ofrecen los puertos actuales de la costa atlántica de los Estados mexicanos ha decidido el Gobierno a reconsiderar el proyecto concebido por los españoles de escoger la situación de Guazacualco como un punto militar y comercial. Guazacualco no es ni un pueblo ni una ciudad, no es sino un cuartel, un pequeño fuerte y algunas casuchas para los aduaneros, pero el río que pasa muy cerca es uno de los más importantes de México y navegable veinte leguas tierra adentro. Su barra es la menos variable del Golfo, tiene diez y ocho a veinte pies de profundidad lo que la hace apropiada para recibir los grandes barcos mercantes. Sus ventajas están equilibradas por lo desagradable del clima... el calor es allí tan fuerte como el Senegal; el suelo es virgen y cubierto de bosques donde jamás ha penetrado el hombre... El río está lleno de caimanes y sus riberas de tigres y jaguares. El ingeniero en jefe, encargado de los trabajos del nuevo puerto y de un camino que debe cruzar el país en su parte más estrecha hasta Tehuantepec sobre el Océano Pacífico, es don Francisco Uccelli, italiano y antiguo jefe del cuerpo de ingenieros bajo Beauharnais. Desterrado de Italia por su opinión política se ha refugiado en México, donde el gobernador

¹ Citado por Justino Fernández en Claudio Linati

Trajes Civiles, Militares y Religiosos de México. (1828) México, UNAM Instituto de Investigaciones Estéticas 1956 p. 21

comprendiendo el talento y las desgracias de un oficial distinguido le ha encargado aquella honrosa misión.²

Retomando a De Fossey, por lo que éste nos cuenta en su obra, se deduce que era hombre de buena posición económica, y de estudios universitarios, también nos da razón del recorrido que hizo de Veracruz a México y en 1837 o 38 por algunos lugares de la República y que, antes de la aparición de *Viaje a México*, había publicado *Cartas sobre México* las que tuvieron —se ufanaba— muy buena aceptación.

En la capital ejerció varios oficios. Por 1845, De Fossey seguía en México, vivía en la calle del Ángel (uno de los nombres de la hoy avenida Isabel la Católica) número 2 y daba clases de francés en su domicilio.

En 1857 apareció su libro *Le Mexique* editado en París por Henri Plon, S. Rue Garancière y en el que se lee que era miembro de la Academia de Dijon. En esta nueva obra, De Fossey otorga una visión de México más amplia de la que diera en 1845, ya que conoce mejor, por vivir en México, nuestra realidad. Su visión está enriquecida con copiosos datos históricos, políticos, etnográficos y con la narración de acontecimientos de los que es testigo hasta 1855, año de la caída de su Alteza Serenísima don Antonio López de Santa-Anna.

De Fossey, uno de tantos aspirantes extranjeros a colonizar Coatzacoalcos, seguramente, como muchos otros viajeros, fue retenido por nuestro país y se quedó a vivir en la capital de la República. Aquí estaba en 1864 según el testimonio de Guillermo Prieto, quien en su romance ¡¡El Imperio!! publicado el 22 de mayo de 1864, en *El cura de Tamajón* se burlaba de Mathieu de Fossey por ser connotado intervencionista e imperialista y, por lo mismo, acreedor a unos buenos mojicones; y es que el otrora fracasado colonizador debió pensar con regocijo que la colonización y redención de México por su patria, sería un hecho con la Intervención Francesa y el Imperio, y no dudó en ostentarse contrario a los republicanos. Así le fue con el liberal Guillermo Prieto quien lo pone codo con codo con el general Leonardo Márquez, la “hiena de Tacubaya” y ladrón de los fondos de la legación inglesa.

El 4 de enero de 1865 en *La Sociedad*, periódico político y literario, De Fossey se anunciaba como “Director del Colegio Francés de Enseñanza Secundaria para Varones. Calle de San Francisco núm. 12”. Junto con su hermana Prudencia de Fossey también dirigía la “Casa de Educación para niñas. Enseñanza Primaria y Secundaria. Calle de San Francisco núm. 12”. (Hoy avenida Francisco I. Madero). “En Colima, se le nombró Director de Educación para establecer una escuela normal, pero conflictos internos impidieron su tarea. Salió de México a mediados del siglo”³

² *Op. Cit.*, p. 93

³ *Diccionario Porrúa*, 4a ed., 2 vols. México, 1976 p. 787.

Es lógico que Mathieu de Fossey a la caída del Segundo imperio en 1867, triunfante la República y dada su colaboración con el gobierno de Maximiliano, no le haya quedado más remedio que regresar a Francia. Y creo que con todo el dolor de su corazón.

Detengámonos en *Viaje a México* escrito por De Fossey después de casi catorce años de vivir en nuestro país.

En el “Prefacio” de su obra, De Fossey revela su intención de dar a la luz sus impresiones de viaje y ser, ante todas cosas, veraz pues —insiste— no obstante las muchas obras “descriptivas o críticas” publicadas sobre México, ninguna había satisfecho plenamente este punto fundamental. Unos viajeros seguían al pie de la letra al barón de Humboldt o reproducían con colores pálidos o exagerados lo que habían visto muy de pasada. Tampoco faltaban viajeros que, en ocasiones, pese a su inteligencia

pasan desapercibidos un sitio curioso, un hecho interesante o una particularidad extraordinaria; otros se entretienen extensamente en cosas de un interés secundario; a menudo son las incomodidades de un viaje, las que solas llaman la atención; a veces suelen encarecer desmesuradamente lo bueno que encuentran en su camino, cuando ya descansados de sus fatigas se hallan en mejor disposición para juzgar lo favorable.

Por lo que respecta a los estudios morales que hasta esa fecha se habían escrito acerca de las costumbres y los usos de los mexicanos.

casi siempre han pecado de falsos o han sido mal presentados; así es que cuando un viajero no se ha dejado llevar de su propio sentimiento de parcialidad, se ha guiado en sus observaciones y en sus reflexiones por informes y datos faltos de exactitud.

A seguidas, De Fossey sostiene que para que el crítico pueda apreciar las cosas en su justo valor, le es necesario empezar, como el buen juez, por su casa, echando una mirada investigadora en derredor de sí y de aquellas personas que conoce, entonces caerá en la cuenta que ninguna nación está exenta de lacras y podrá hacer una correcta valoración,

porque así la mayor parte de los vicios y de los defectos que quiere advertir en una nación extranjera disminuirán a su vista con el cotejo de los vicios y defectos de las viejas sociedades europeas.

También para opinar es imprescindible haber vivido largo tiempo en el país, en el seno de las familias, conocer a fondo la época, la historia, los climas, pues de otro modo se corre el riesgo de dibujar una caricatura y no un retrato. Tal fue el caso de Michel Chevalier en sus cartas sobre México.

A Francis Erskine Inglis más tarde marquesa Calderón de la Barca, autora

de la *Vida en México. Durante una residencia de dos años en el país*. Boston (1843), le niega los requisitos de un buen observador, ya que en ella no concurrían las condiciones indispensables para conocer todo y juzgar adecuadamente, pues daba crédito a las noticias proporcionadas por sus criados y personas como ella, extranjeras.

Ha incurrido en exageraciones; y cuando le causaba admiración un orden de cosas, que no obstante se encuentra en la ley común, y no puede existir de otro modo, ha citado como disparates ciertas circunstancias, a menudo diferentes por sí, sacrificando así la síntesis al análisis, sin advertir que perdía de vista la filosofía del carácter nacional. En fin, ha juzgado del país por el momento presente, sin tener en cuenta lo pasado tan cerca todavía, ni los adelantos que se han obtenido.

Todavía al publicar en 1857 *Le Mexique*, De Fossey vuelve a insistir en este juicio sobre madame Calderón,

inglesa por nacimiento y literata por sus costumbres, sólo se ocupa de futilidades: ella no entiende nada de la síntesis.

Asimismo le parece a De Fossey que el moralista empeñado en censurar defectos o vicios, debe presentar sus observaciones sin acrimonia y con veracidad para no causar enojo a quienes desea advertir, ya que, de otra manera, no podrá evitar cierto resentimiento del lector criticado “al recibir una fraterna que no creía merecer”. ¿Se habría referido concretamente al desagrado que el recién aparecido libro de la marquesa Calderón de la Barca empezaba a producir en algunos lectores mexicanos? Tal vez.

Después de estas consideraciones De Fossey reitera sus “sentimientos” de justicia y de verdad, para combatir, hasta donde sus limitaciones se lo permitan, el descrédito de México, el desprestigio imbuído en la mente de las naciones europeas por las impresiones falaces de muchos de los viajeros extranjeros. Animado también por el éxito de sus *Cartas sobre México* y de su ya larga permanencia en el país dice,

me arriesgo a dar a luz esta obra, en la que prescindiendo enteramente de la política del país, así como de sus principios gubernativos, cénome a pintar los sitios que he visitado y el carácter social del pueblo mexicano. En ella se hallará, por una parte, el resultado de observaciones concienzudas y de una larga experiencia, y, por otra, a pesar de pequeñas críticas inofensivas, una defensa ingenua y verdadera contra los ataques de los detractores imprudentes y parciales; a lo menos, tal es mi intención, tal es mi deseo, tal mi ambición:

... je l'essaie; un plus savant le fasse. (Lafontaine).

Y así, con estos buenos propósitos: ser paladín del buen nombre de nuestro país empañado por desaprensivos extranjeros, dejar una clara imagen al ser objetivo, honesto, imparcial, Mathieu de Fossey recuerda en *Viaje a México* sus experiencias y cuanto ha visto en sus ideas y venidas por los distintos rumbos de nuestra convulsionada patria. *Viaje* en el que quedan, como puede constatarse en los apartados de los sumarios de las entregas aquí reproducidas, sus intereses, inquietudes, espíritu observador; comentarios históricos a los que fortalece con extensas citas a pie de página. Sus fuentes son Francisco Javier Clavijero, don Carlos de Sigüenza y Góngora, Betancourt, Humboldt, Francisco Burgoa —y aunque no lo mencione debió leer a Antonio León y Gama—, William Prescott, madama Calderón de la Barca, Guillermo Dupaix, y conocer la obra de los artistas Federico Waldeck, el barón de Gros y Carlos Nebel.

De Fossey no deja de registrar algunos de los sucesos que presenció hasta el año de 1844.

Empieza por darnos en el primer capítulo, una pormenorizada información de los proyectos que se pretendían llevar a cabo para unir los océanos Atlántico y Pacífico, intentos que tenían como meta reducir las distancias y facilitar las negociaciones comerciales con la costa occidental de América, “haciendo del país, en donde se abriese el paso de las mercaderías de Europa, Asia y América un manantial inagotable de riquezas”. Los istmos de Panamá y Tehuantepec y la laguna de Nicaragua fueron los tres puntos propuestos para la comunicación de los dos mares. El Istmo de Tehuantepec había llamado la atención de España —aclara— para este proyecto.

En esos días en que escribe su libro, De Fossey aseguraba que una nueva compañía de capitalistas se estaba constituyendo con la finalidad de lograr la deseada comunicación entre los dos mares por el istmo de Tehuantepec, y pensaba, que tal vez se leerían con interés sus conocimientos acerca de los sitios, climas y solución del problema de colonización en nuestro país, al que ya había dado mala fama un intento fallido, por lo tanto, antes de empezar a narrar sus experiencias, creía conveniente referir las causas que lo habían traído a Coatzacoalcos, las peripecias de su viaje, “en contacto con el pensamiento de la colonización”.

De Fossey cuenta que los folletos publicados en 1830 por Laisné de Villaveque sobre la colonia de Coatzacoalcos, atrajeron de diferentes regiones de Francia a colonos de todos rangos y edades que se apresuraban a embarcarse en el Havre rumbo a esa tierra de promisión, abandonando patria y familia, patria a las que muchos no volverían. De Fossey encandilado también con tales ofrecimientos fletó el bergantín *Petit Eugène* para transportar a México operarios, bastimentos y material de labranza. No pocas fueron las vicisitudes que se padecieron desde la salida del Havre, el 27 de noviembre de 1830, hasta la tarde del 13 de febrero de 1831 en que los esperanzados colonizadores divisaron el fortín desmantelado que defendía la barra del Coatzacoalcos.

A partir de ese momento en que De Fossey llega a tierra mexicana nada dejará por contar, hace saber sus aventuras y trabajos en la región del Coatza-

coalcos, sus viajes por estos rumbos; da santo y seña de cuanto ve en tierra caliente: su asombro ante el paisaje tropical, da razón de los habitantes y de sus costumbres, a veces no muy ortodoxas. Describe los pueblecillos indígenas; lugares como Acayucan, Minatitlán; se solaza en la pintura del increíble paisaje, en los animales y aves que lo pueblan. Recurre frecuentemente a la historia de México, no elude el uso de mexicanismos de los que da la traducción española. Dice cómo son las casas, los mercados, los trajes de criollos, mestizos, indios y negros; las comidas y las bebidas; comenta la fertilidad de la región, lo que se cultiva: cacao, café, algodón, caña de azúcar, añil y tabaco. Pero el clima hace imposible la vida y así el ilusionado colonizador pronto se enfrenta a la realidad, muy otra de la que se había propalado en los folletos de Laisné de Villaveque. Su proyecto de colonización fracasó de manera rotunda, y es que en el siglo XIX, como en el XVI, América continuaba cobrando al extranjero su tributo, la riqueza seguía conquistándose a costa de la vida amenazada por el vómito, las epidemias, los insectos. El desengaño hizo retornar a Francia a muchos de los colonizadores. De Fossey —según su dicho— apuntalado por el orgullo, determinó permanecer al pie del cañón, se negó a regresar a su país y decidió viajar a la capital de la República,

como centro de las riquezas y de las necesidades de la civilización naciente de la cual esperaba todo mi esperanza.

Al igual que en los anteriores capítulos, De Fossey detalla su viaje hasta la capital con insistencia en el paisaje, descripción de las ciudades, los caminos, hábitos de los moradores de la región por las que atraviesa y no faltan las noticias históricas.

La ciudad de México es reseñada por De Fossey con lujo de pormenores; calles, casas y mobiliario y monumentos, paseos, carruajes, los caballos y sus jaeces; las modas de las petimetras y de los petimetres, los trajes de los indios, de la plebe, de los charros; las costumbres de los ricos, su ostentación, en contraste con la miseria de los de abajo, las maneras de la alta sociedad a la que el dinero da lustre y prestigio; lo que se come, lo que se bebe, las fiestas religiosas y las profanas; las diversiones: ópera, comedias, bailes, corridas de toros, peleas de gallos, las ferias y sus juegos de azar, el concurrido monte con los alburres; la belleza de las mujeres, su encanto y virtudes; el carácter de los mexicanos; la instrucción pública, los planes de estudio de algunas escuelas; la economía, la industria. El diario acontecer capitalino queda ceñido en las páginas de este viajero francés que, como buen europeo, no deja de enorgullecerse al considerar los beneficios de la influencia extranjera en las costumbres mexicanas y, también se jacta de la generalización entre la clase culta y la alta de la lengua francesa. No olvida tampoco pintar los alrededores de la ciudad de México.

No hay duda de que a De Fossey no lo defraudó en sus esperanzas la capital y aquí se avecindó. Sin embargo la inquietud de caminante no lo abandonó, y

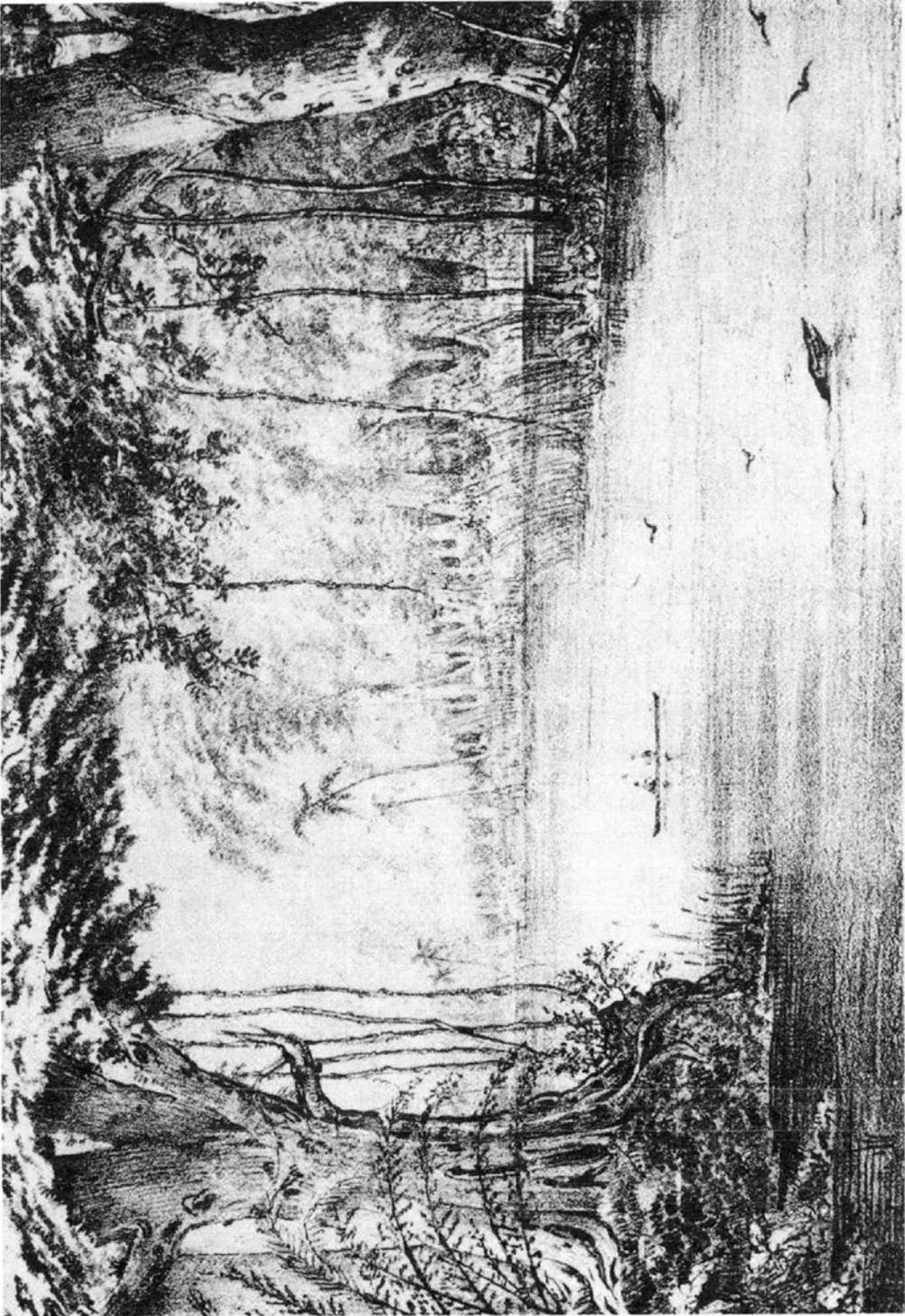


Figura 1. Vista en el alto Coatzacoalcos.



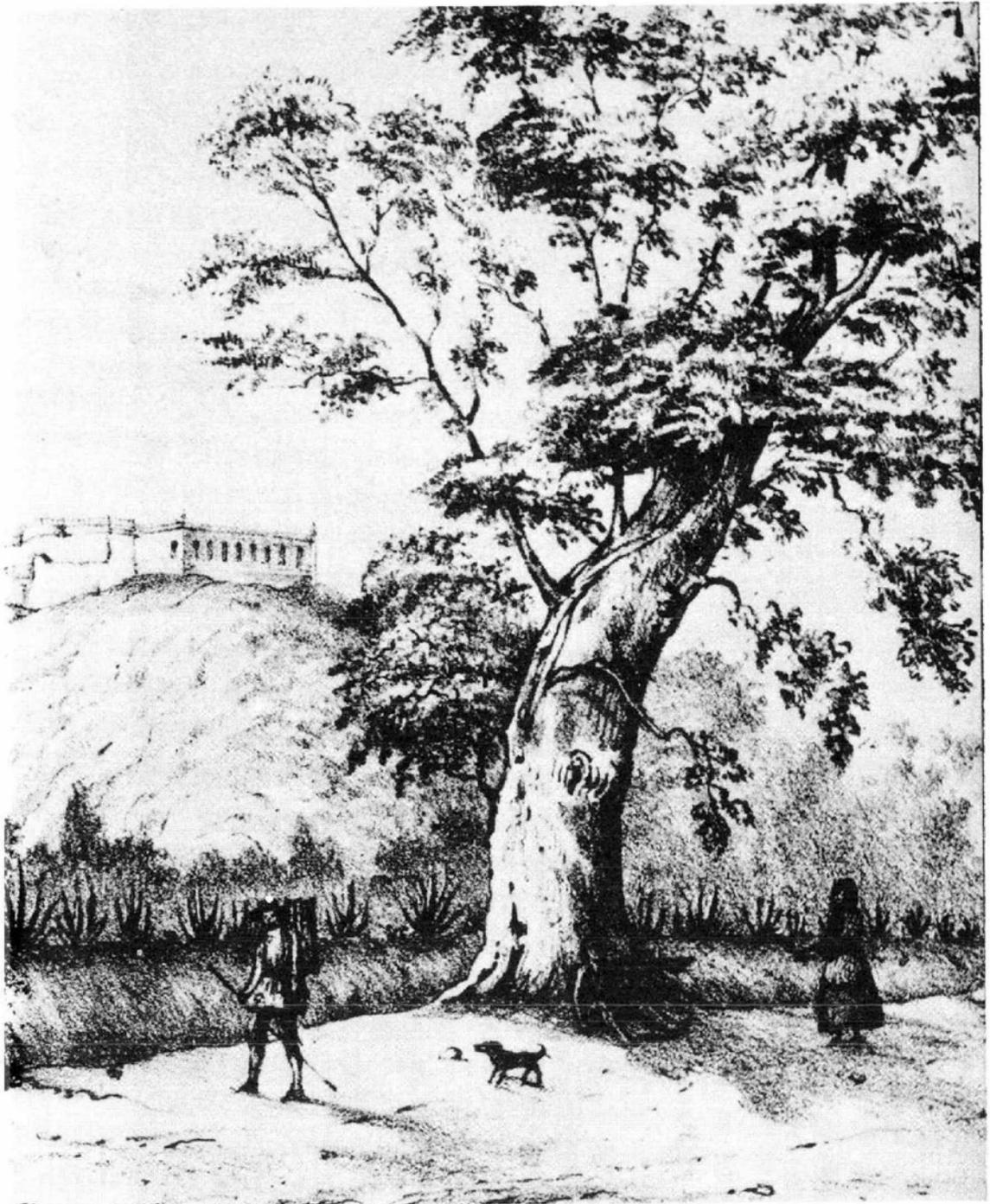
Figura 2. Un nuevo Robinson.



Figura 3. Corrida de toros en la plaza de San Pablo.



Figura 4. Vista del palacio de Chapultepec.



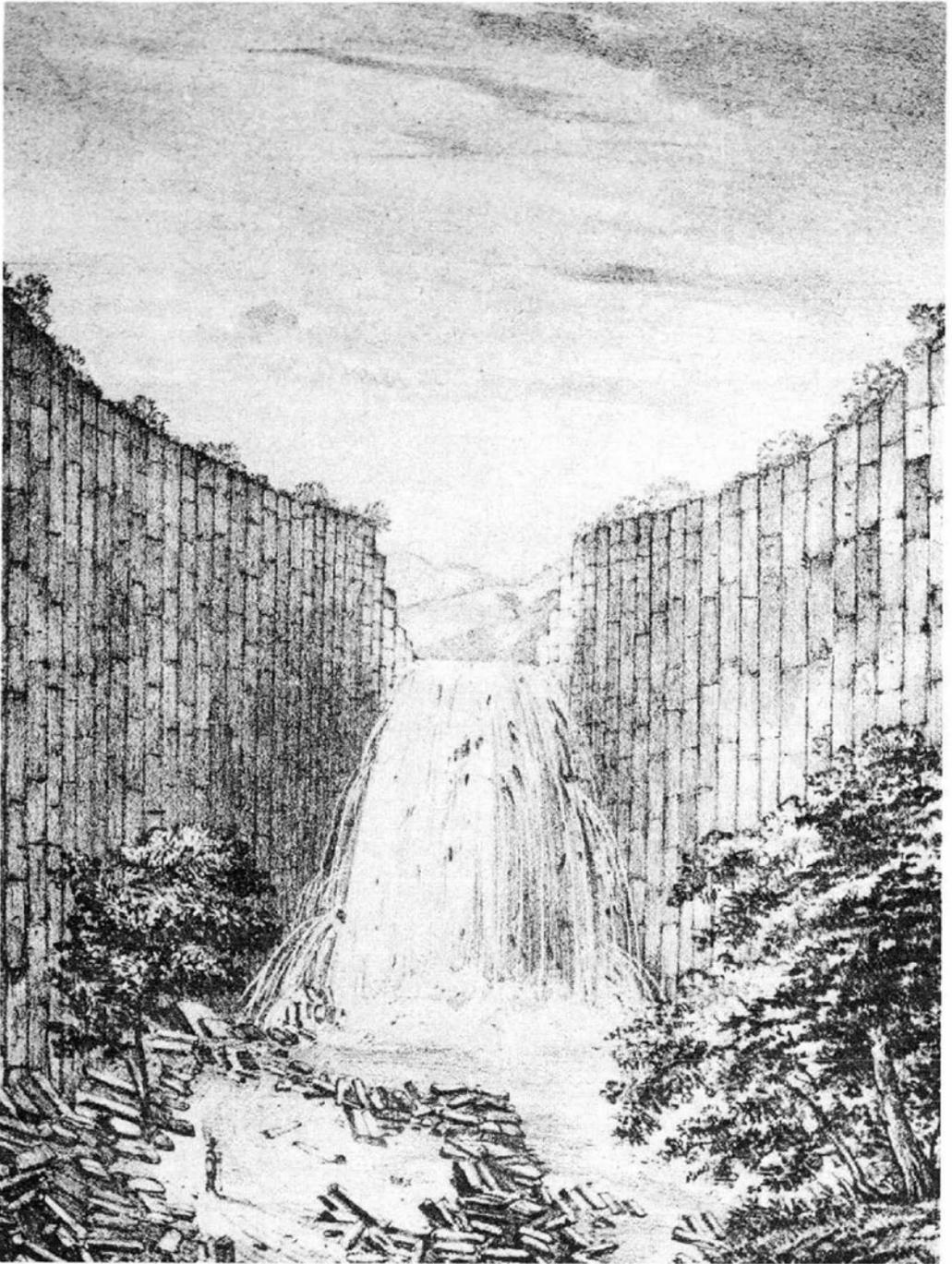


Figura 5. Cascada de Regla.

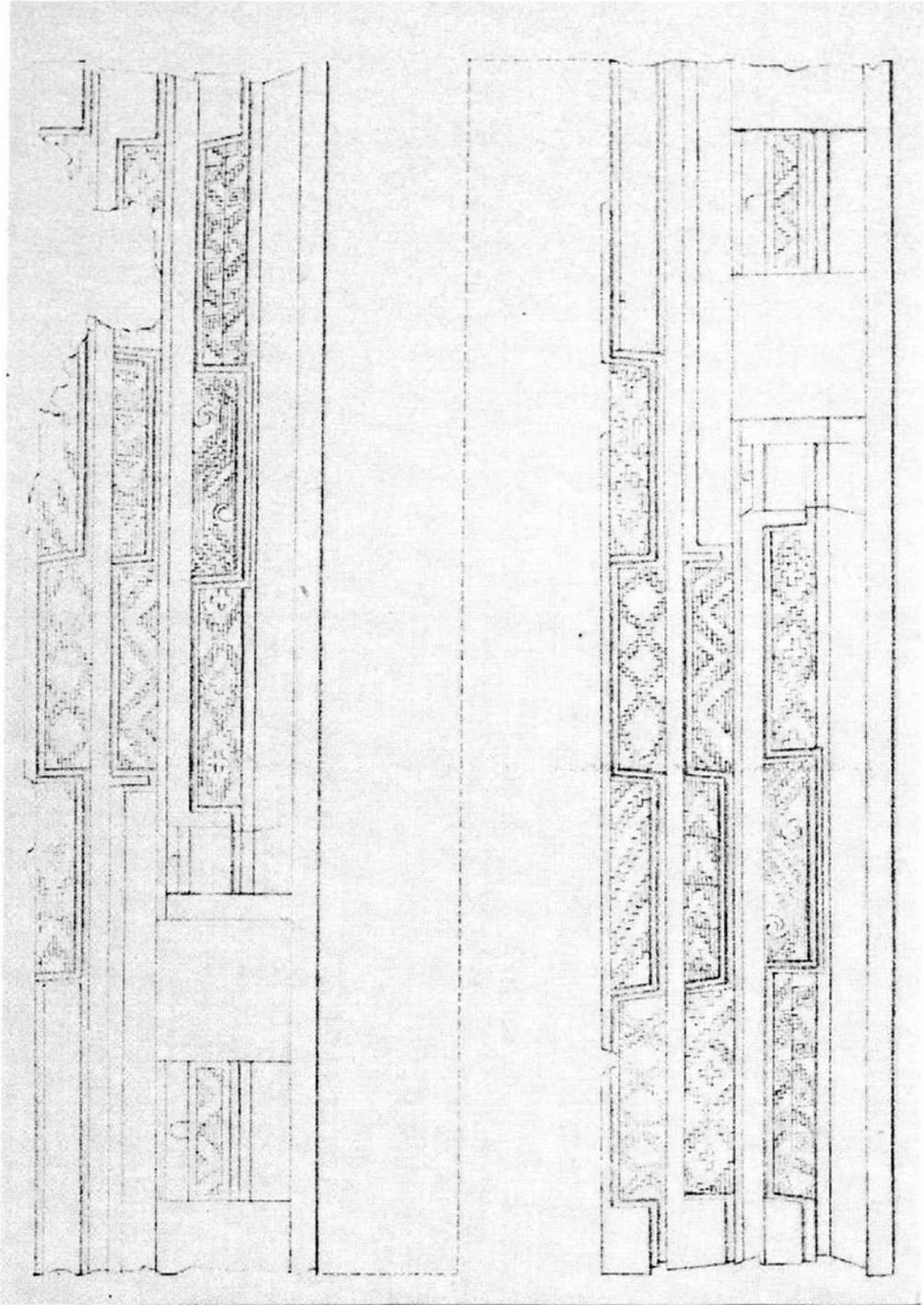


Figura 6. Fachada del palacio principal de Mitla. Largo... 135 pies ingleses. Alto... 14 id.

en otros capítulos hace la relación de los viajes que, después de permanecer seis años en la ciudad de México, emprendió a otros lugares de la República, entre otros Cuernavaca, Tuxpan, Acapulco “puerto hermosísimo”, Oaxaca, Tehuantepec; a las haciendas, ya de cultivo, ya de beneficio de minerales, a las minas. La visita a estas últimas le da motivo para hablar de la riqueza de México. Asimismo De Fossey se interesó por conocer las ruinas prehispánicas. Y, como hiciera en el viaje de Veracruz a la ciudad de México, pasa revista sin que nada se le quede en el tintero de cuanto observa en cada uno de los sitios de su recorrido.

Termina su *Viaje a México* dedicando un gran elogio a la belleza y gracia de las jóvenes tehuantepecanas que, con su rico atavío nacional le parecieron divinas, y en el colmo de su admiración las compara con las aldeanas alemanas. Al contemplarlas —confiesa— ha experimentado la misma impresión de sorpresa que le produjeron las campesinas de Kelh en Alemania, “verdaderas pastoras de Florian y de Gesner, las Filis y las Cloris de nuestros teatros”.

Con este recuerdo que lo lleva a las orillas del Murg o a la Selva Negra, el viajero francés da fin a su obra citando a Virgilio en sus *Geórgicas* al que llama el cisne que cantó la vida agreste.

“¡Oh! ¿donde estáis verdes campos, cristalino Esperquio y tú monte Taigeto, hollado por los bailes de las jóvenes Lacedemonias? ¡Ay de mí! ¿Quién me trasladará a los frescos valles del Hemo; quién me sentará en la sombra de sus frondosas selvas?”

Como no es posible en la brevedad de estas notas tratar a fondo *Viaje a México*, me detendré, de manera somera, en sus descripciones e impresiones de las ciudades que conoció, y de las que menciona arquitectura, monumentos artísticos, casas, mobiliario; ciudades otrora vivibles y cuyo patrimonio artístico, desafortunadamente, ha sido en gran parte destruído. También traeré a cuento la pintura que De Fossey nos ha dejado de las ruinas arqueológicas y que nos dan una idea del estado en que se encontraban al tiempo de su visita. Dividiré sus comentarios en dos apartados: las ciudades y su visión del pasado indígena.

Al iniciar De Fossey su viaje a la capital de la República, una ciudad que mucho le gustó fue Tlacotalpan de la que se expresa con entusiasmo.

Tlacotalpan es otra Venecia en pequeño; pues en la fuerza del tiempo del agua, la inundación invade en gran parte el lugar, a pesar del leve declive del litoral en que está. Pero aquí en vez de pesadas góndolas con sus adornos aristocráticos, se ven deslizar sobre el agua sencillas piraguas, ligeras como la corteza del alcornoque, y rápidas como una saeta. Las calles bajas, los domingos y días de fiesta, están surcadas por una multitud de estas barquillas, que repentinamente asoman entre las habitaciones y desaparecen del mismo modo detrás de ellas. Tienen las jóvenes un donaire encantador

en manejar el remo; a menudo se las ve justar unas con otras, cuando se encuentran; en estos lances maniobran sus piraguas con una destreza que maravilla.

¿Cómo son las casas de esta “pequeña Venecia” De Fossey se encarga de decírnoslo.

Están fabricadas las casas de Tlacotalpan por las mismas reglas de arquitectura que las de casi todas las ciudades de la América española, formándose las más veces de cuatro cuerpos dispuestos en cuadro con dos patios en su centro; pero en las villas de la costa, y en los lugares criollos como éste, sólo tienen un piso con portales en la parte exterior, en los cuales se toma el fresco durante las hermosas noches de primavera. El martillo (ala) principal, cuya fachada cae a la calle, consta sólo de una o dos salas espaciosas alhajadas con mesitas-rinconeras cargadas de relicarios de santos, con banquillos de madera y algunos asientos forrados de cuero, cuya forma es combadada. Estas sillas, que llaman butaques, son inmejorables para descansar.

La observación que De Fossey hace de Tlacotalpan, de su belleza y ritmo de vida anfibios —hoy casi desaparecidos— denotan lo placentero de su visita. Al apuntar que Tlacotalpan es la “Venecia Mexicana” quizá sea más cierto este paragón por el mayor carácter urbano de la ciudad que la hecha a Xochimilco. Tlacotalpan es sin duda, una de las ciudades más hermosas de nuestro país y de esta zona geográfica y, donde la presencia del agua le da esa peculiaridad relevante de ciudad que, además de poder caminar, fue navegable.

Su aprecio de la arquitectura enseña que De Fossey advirtió lo apropiado y agradable del funcionalismo de estas construcciones que responden a un determinado clima y paisaje.

De la ciudad de Veracruz, el viajero comenta que en su conjunto es bastante bonita; el barrio de la plaza mayor tiene buenas construcciones, pero afean al puerto barrios feísimos, sucios con los albañales atascados de basura, atracción de zopilotes. Descuido que propicia el vómito. Veracruz carece de buenas y limpias fondas. Los paseos como la Alameda y el de Malibrán son tristísimos.

Veracruz —como se ve— le impresionó más que nada por su suciedad y abandono. En cambio, “el lugarcito” llamado Medellín le encantó por sus hermosos paseos, su riachuelo de agua dulce y tibia

en el cual no hay que temer ni los caimanes, como en el Coatzacoalco, ni los tiburones como en la rada de Veracruz.

El atractivo de Medellín es el juego:

Se ponen mesas de monte en varias casas, en las cuales se pasan muchas horas del día buscando la suerte.

A pesar de su limpieza, de las calles con banquetas espaciosas y cómodas, bien enlosadas, la ciudad de Puebla no emocionó a De Fossey.

forma —escribe— su plaza mayor un cuadrado, tres lados del cual tienen portales bajos, y el cuarto lo ocupa la catedral, cuya arquitectura es deslucida y maciza, pero cuyos adornos interiores son riquísimos, atrayendo sobre todo la atención su altar mayor cubierto de láminas de plata vaciadas en bajos relieves de un trabajo curiosísimo.

El juicio acerca de la plaza y la catedral de Puebla, revela de inmediato el gusto e inclinaciones neoclásicas de De Fossey, propias de su criterio europeizante y, por ello, le parece “deslucido” el grandioso exterior barroco de la catedral. Por lo que respecta al interior se le impone la riqueza de los retablos y elementos suntuarios coloniales que, por estas fechas, todavía existían. El ciprés obra de Tolsá en el que no hay tales láminas de plata, sino aplicaciones de bronce dorados, por su factura de orden neoclásico, sí fue acreedor a la alabanza de nuestro viajero.

Después de hacer una amplia relación del desarrollo histórico de la ciudad de México; la ascensión y caída de los aztecas; de ponderar la hazaña española de la Conquista, no muestra su asombro, como otros viajeros, ante la belleza de esta ciudad que aún presentaba esa unidad y armonía arquitectónica que la hacían una de las ciudades más suntuosas del mundo y que impresionaba por su gran señorío urbano.

Nada tiene que ver el México moderno con el antiguo, pues ha desaparecido todo: han sido sustituidos los *teocalis* con iglesias y conventos, derribados los palacios de los reyes, sirviendo sus materiales a la construcción de nuevos edificios y de las casas de los conquistadores que se radicaron en el país. Dispuestas las calles de la ciudad todas por los cuatro rumbos cardinales, como antiguamente, se cruzan a ángulos rectos, y por todas partes se divisa la cordillera que circunda el valle.

Las banquetas son muy angostas generalmente; pero sus aceras se componen de casas cuya arquitectura es regular y elegante.

Lástima grande que las calles —asegura De Fossey— no estén muy aseadas, y esto era verdad, en esos años de la década de los treinta, años de perturbaciones políticas no preocupaba la limpieza de la ciudad.

Olvidándose de las calles sucias, todavía gracias a la transparencia del aire, a la altura moderada de las construcciones se podía gozar del espectáculo de los amaneceres, de los atardeceres y contemplar la hermosura de los volcanes guardianes del valle.

Las casas de la gente acomodada de la ciudad de México son descritas por De Fossey con mucha minucia.

Constan dichas casas de cuatro martillos encerrando dos patios, el primero en el centro y el segundo atrás destinado a las caballerizas. Por lo común sobre el entresuelo sólo llevan un piso rematando con azoteas. Sirven de vivienda únicamente los cuartos altos; y los del piso de la calle se alquilan para tiendas y almacenes, a causa de la mucha humedad del suelo que a ocho pulgadas de su superficie tiene el agua.

Al fondo del primer patio, sube una hermosa escalera de cantería hasta el cuarto principal, al que da la vuelta interiormente un corredor circular aunque más comunmente semicircular, cuya amplitud y hermosura dependen de la importancia de la casa. Descansa este corredor en una serie de arcos con columnas levantadas del patio, y lo cobija una prolongación de la azotea, sostenida por columnas y arcos correspondiendo a los del suelo, formando así un doble peristilo a la morisca. Está siempre adornado con macetas el corredor superior, que en algunas casas no tiene menos de doce pies de ancho, y estas flores dan al edificio un aire festivo, un viso de riqueza y aún de grandeza que siempre he admirado.

De Fossey hace una pequeña crítica a esta construcción de las casas,

pues por lo que toca a la arquitectura de distribución permanece en pañales todavía; siendo los cuartos de crujía, inutilizándose unos a otros por falta de salidas y entradas adecuadas.

Sin embargo, se logra sacar partido de esta mala disposición

cuando sobran los cuartos y mayormente si el corredor es circular o tiene a lo menos tres lados.

Estos pequeños defectos se compensan con el lujo de los muebles, “que ví nacer a mi llegada aquí y desde entonces ha seguido creciendo prodigiosamente”.

La opinión del viajero sobre las casas de la ciudad de México, demuestra poco entendimiento de la vida familiar a la manera mexicana; la distribución de las habitaciones le parece primitiva pues no se percata del sentido del patio como función interna de centralización de circulaciones, iluminación y ventilación. Algo intuye al considerar a la “morisca” nuestros patios, ya que en la tradición española queda mucho del sentido árabe de la vida hogareña introspectiva.

La plaza mayor de México desde que se demolió el Parián (27 de julio de 1843) bazar que se hallaba en su recinto, —afirma De Fossey— quedó hermosísima,

forma un cuadro de unos doscientos metros por cada lado, y se halla comprendida entre la catedral al norte, la Diputación y el portal de las flores al

sur, el antiguo palacio de los virreyes al este y el portal de mercaderes al oeste.

Para De Fossey los monumentos más notables de la capital son: la Catedral, el Colegio de Minería, el Palacio Nacional, el teatro de Vergara; le siguen la Diputación, la Universidad y el antiguo Palacio de la Inquisición. La “Casa del emperador Iturbide” (hoy Palacio de Iturbide) no le llamó la atención.

La Catedral —indica— es un hermoso trazo de arquitectura. Sin embargo, si me atrevo, diré que el nombre de México promete demasiado al extranjero para que quede satisfecha su imaginación con un templo que, aunque original y distinguido en su forma, nada tiene de muy sobresaliente en su estructura, ni de grandioso en las dimensiones de su fachada.

Careciendo de recuerdos, así como de particularidades notables mengua la Catedral a los ojos del viajero, que procura acertar el efecto que hacía el gran *teocali* en cuyo patio lidiaron a un tiempo más de mil españoles y mexicanos; y esta retrocesión del pensamiento le hace mirar este momento, no solamente sin interés, sino con una propensión a criticarlo; mayormente cuando la falta de buen gusto da pábulo a ello; así es que achatadas ya sus torres por su construcción, le parecen todavía más por su inmediatez al sagrario, cuya fachada de distinta arquitectura es un verdadero disparate.

En esta breve descripción que De Fossey hace de la catedral de México, muestra todos los prejuicios y falta de sensibilidad muy de la época para entender los méritos artísticos del arte colonial. Es el juicio estético de una mente educada en la cultura francesa académica, tan distinta en sus razonamientos a la emotividad y vigor de la expresión hispánica. El considerar “disparate” al sagrario metropolitano, basta para darse cuenta de que De Fossey no pudo comprender el sentido de la magnificencia y esplendor de uno de los monumentos más representativos del México virreinal al que de un plumazo desprecia, lo mismo que a la catedral, por una añoranza romántica de lo que fue la civilización azteca.

Si viviera, muy complacido quedaría De Fossey de ver como en nuestros días se lleva a cabo la obra de recuperación de los restos del *teocali* que él hubiera querido que no se destruyera. Acaso estaría de acuerdo con algunos de los que piensan que, si fuera necesario demoler la catedral para seguir buscando restos arqueológicos no se tentarían el corazón para proponerlo.

Del Colegio de Minería De Fossey apunta,

después de la Catedral el edificio más hermoso de México es Minería, cuyo local es vasto y rico de arquitectura; pero por desgracia se ha hundido en muchas partes el terreno en que está fabricado, de cuyas resultas se ha resentido en gran manera la obra.

Por los años de 1830 a 1834 se estaban realizando obras de reparación en Minería, pues como dice De Fossey, el Colegio estaba en muy malas condiciones.

Es natural que al viajero francés le parezca Minería el edificio “más hermoso” de México, está muy dentro de su gusto este monumento que, por su grandeza y carácter estilístico representa una de las cimas del neoclasicismo en América. La opinión de De Fossey era también la de muchos capitalinos, a todo visitante le mostraban orgullosos, como el mayor adelanto artístico y técnico de la nación, el célebre Colegio de Minería y su espléndida sede.

Del Palacio Nacional señala De Fossey sólo su extensión pues nada tiene digno de notarse, no deja de tener algo de razón De Fossey al considerar que el Palacio Nacional únicamente tiene de notable su vastedad y amplitud, ya que el edificio no se distingue especialmente por su belleza, aunque a decir verdad, no carece de dignidad y señorío la enorme fachada que delimita todo el costado oriente de la imponente plaza mayor y además su patio principal es vigoroso y solemne.

La Casa de Moneda que ocupa la parte posterior del Palacio es un “hermoso edificio cuyos principales talleres están abovedados”, pero ya no era ni sombra de lo que había sido en una época,

ya que apenas si se acuñan en el día algunas piezas de plata en aquellos vastos talleres en que se fabricaban hasta 80,000 pesos diarios antiguamente.

En cuanto al edificio de la Universidad tampoco “ofrece nada de particularidad en su construcción”; la magnífica portada barroca claro que ni le gustó ni le importó a De Fossey. Se detiene en la estatua de Carlos IV que, en ese entonces, se encontraba en el patio de la Universidad y a la que no le pone reparo alguno, y es más dice que no sólo es equiparable a los mejores de Europa sino hasta la supera, y esto, en pluma de europeo, constituye una alabanza extraordinaria.

Este monumento es el más hermoso de su clase que se encuentra en las Américas, siendo pocos los que en Europa se le puedan comparar, no sólo es notable respecto a sus dimensiones colosales y el mérito de su ejecución, sino también porque el jinete y el caballo han sido vaciados de un chorro. Se debe esta obra exquisita al ingenio español D. Manuel Tolsá, que confió su fundición a D. Salvador de la Vega.

El interés del edificio de la Universidad se encierra, para De Fossey, en que además de las salas dedicadas a las conferencias de los doctores y a los exámenes públicos se encuentra el Museo Nacional, “ordenado en gran parte por los connatos inteligentes del Sr. D. Isidro Gondra”.

Como las observaciones de De Fossey sobre el Museo Nacional están relacionadas con el pasado indígena, las dejo para más adelante.

En 1843, el arquitecto español Lorenzo de la Hidalga, inició la construcción del teatro llamado de Vergara o Gran Teatro de Santa-Anna, inaugurado con

bombo y platillos el 10 de febrero de 1844; construcción de la que fue testigo De Fossey, y a cuya arquitectura y novedades hace mención.

El Teatro de Vergara acaba de levantarse ante nuestra vista bajo la dirección del arquitecto español D. Lorenzo Hidalga.

Nada de particular tiene la fachada, todavía por acabar, de este edificio respecto a su arquitectura, y nada de monumental respecto a su posición; pero su interior es grandioso, elegante y cómodo. Tras el peristilo viene un patio con una cubierta de vidrio, y luego desahogadas escaleras, vastos y elevados corredores, una doble hilera de galerías o corredores corridos sobre el patio y los salones para los paseantes: todo ello se ha hecho con arte sin mezquinería. La sala es capaz; está bien construida y adornada, constando de tres órdenes de palcos con una galería debajo de los primeros y otra en la cazuela. En el patio cada espectador tiene su luneta adonde llega desahogadamente por los corredorcitos practicados en el centro y en derredor de la sala. Separados unos de otros por delgadas columnas y tabiques de medio cuerpo, son los palcos capaces y cómodos, correspondiéndoles a cada uno su retrete en donde pueden retirarse los concurrentes en los entreactos; a más de estas ventajas llevan otras a los teatros de París, que fuera de estos son los más ahogados del orbe, y es que en lugar de aquella baranda de medio cuerpo, que oculta gran parte de la descompostura de las señoras no tienen delante más que una tablita de realce de pocas pulgadas de alto, dejándolas al descubierto de pies a cabeza.

Según lo expuesto por De Fossey, gracias a esta innovación del Teatro Vergara, podían las petimetras lucir muy bien sus atavíos que, noche a noche cambiaban, pues a sus cuerpos graciosos se amoldaban

el terciopelo y el raso, la blonda y la gasa, confeccionadas por nuestras modistas francesas; y los más ricos aderezos, realzando las composturas, dan el mayor lustre a la vista de los palcos.

El Teatro Vergara o de Santa-Anna fue considerado en su época como uno de los más bellos edificios de México, la opinión de De Fossey acerca de este teatro con su fachada de estilo "clásico renacentista", se refiere más que a su valor estético a su funcionalismo, y a lo adecuado de sus servicios de lo más moderno para su tiempo; novedades en el programa de este tipo de coliseos que introduce el arquitecto Lorenzo de la Hidalga.⁴

Camino de Veracruz a México, De Fossey, saliendo de Puebla, nos dice que divisó desde la carretera los restos del famoso teocali de Cholula, coronado de fúnebres cipreses como un sepulcro.

⁴ Para mayores datos sobre el funcionalismo del Teatro Vergara o de Santa-Anna véase el artículo de Elisa García Barragán, "Lorenzo de la Hidalga: un precursor del funcionalismo". *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 1978 v. XII, No 48.

Ha desaparecido el rico Templo de *Quetzacoatl*, que dominaba esta pirámide trunca, y ya no viene el cruel topiltzin (nombre que se daba al gran sacerdote sacrificador) a saludar la aurora con manos enrojecidas en la sangre de las víctimas inmoladas, habiendo sucedido a este culto bárbaro otro ameno y puro, al que se ha consagrado, sobre las ruinas del templo pagano, una capilla dedicada a la virgen de los Remedios. Este *teocali* fabricado de ladrillos era el más alto de México, y tiene todavía en su estado de deterioro ciento sesenta y dos pies de elevación, según Mr. de Humboldt, y mil trescientos cincuenta y cinco pies de ancho en su basa.

Estaba la antigua Cholula consagrada con especialidad al culto de los Dioses; así es que era la Meca de Anáhuac, encerrando infinidad de templos, sobre los cuales sobresalía Quetzalcóatl, dios del aire, al que venían en romería a consagrar sus ofrendas de las tierras más lejanas.

Topiltzin, que significa “nuestro hijo” o “nuestro príncipe”, no era el nombre de ningún sacrificador, sino uno de los títulos del mismo Quetzalcóatl.

Cholula fue, indiscutiblemente, una ciudad religiosa del Valle de Puebla, pero algunos términos con los que De Fossey describe su importancia y lo que allí ocurría, parecen referirse a Tenochtitlan y al sacrificio humano calificado por De Fossey como bárbaro y que, a Dios gracias —se congratula— había sido sustituido por la religión cristiana. Como se ve, andaba escaso de información.

En la ciudad de México, De Fossey se entra al Museo Nacional, pormenoriza lo que ve en las salas, en los patios y se enfrenta al pasado indígena.

El museo es pobre —dice— lo único que ofrece interés es la sección de las antigüedades del país, pero aún le falta mucho para estar completa. No se admiraban ni la orfebrería ni el arte plumario, pues no existían. Sólo se conservaban en el museo unos treinta manuscritos “originales de figuras pintadas en papel de maguey”: la historia de los aztecas, su viaje de Aztlán a México, el mapa de esta ciudad dado a Cortés por Moctezuma, el catálogo de tributos que se pagaban al monarca indígena, también se apreciaba la colocación de dibujos que el capitán Dupaix había traído de “Culhuacán (vulgarmente llamado Palenque) y de Mitla, los mismos que hizo litografiar en Londres el Lord Kingsborough”.

El museo, prosigue De Fossey, cuenta además con

unas cien máscaras de obsidiana, de serpentina, de mármol de basalto, muchas de las cuales tienen bastante mérito en punto de su trabajo. También tiene una colección de vasos de mármol, de utensilios domésticos de barro, de madera y de piedra, armas, amuletos, adornos, ciriales de barro cocido y de aquellas hechas de cobre que se encuentran en los sepulcros zapotecas.

En un rincón del patio se habían reunido

atropelladamente los grandes ídolos, figuras de penates y de héroes, imitaciones de animales, insignias armoriales de ciudades, etc., unos de pófido y otros de serpiente.

Entre las antigüedades más notables del museo —comenta De Fossey— se encuentra

la estatua de la diosa de la guerra y de la muerte, *Teoyamiqui* de ocho pies de alto, la que no tanto representa una figura como el horrible conjunto de atributos de la guerra y la venganza: la carnicería, la crueldad, los tormentos y la muerte están representados con jeroglíficos espantosos. Tiene esta horrenda deidad cubierto el pecho de un collar de corazones humanos y de manos cortadas, de las cuales cuelga una calavera; su faldilla o cota de armas se compone de culebras enroscadas; en sus brazos despuntan las zarpas del tigre; sus pies con garras de águila, coronándola todo una cabeza de buho. Es difícil concebir ígual descalabro de imaginación.

En esta descripción del acervo del Museo Nacional, De Fossey demuestra, otra vez, que habla a la ligera. Confunde los términos de localización geográfica, ya que Culhuacán se encuentran en el Valle de México y Palenque fue una ciudad maya del área del río Usumacinta. Los objetos de metal encontrados en tumbas prehispánicas pertenecen al período posclásico por lo que el autor generalizó al adjudicarle a los sepulcros zapotecas un tipo de ofrenda funeraria que, seguramente, pertenece a la época mixteca más tardía.

La estatua que De Fossey llama *Teoyamiqui* siguiendo a León y Gama en la *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras*. México. 1792, es la estatua de Coatlicue, diosa madre. Al decir de Ignacio Bernal llamar a esta diosa *Teoyamiqui*, “no es realmente incorrecto. La diferencia del nombre se debe a la inmensa confusión entre los nombres y las atribuciones de las divinidades indígenas”.⁵

Es muy natural, por otra parte, la reacción de De Fossey ante esta diosa que sintetiza el pensamiento religioso azteca, no podía pensar de otra manera pues hasta 1880 “Coatlicue era considerada un horrible monstruo”.

La sensibilidad artística del viajero francés le impidió apreciar estéticamente la monumentalidad y el dramático simbolismo contenido en esta imagen fantástica abstraída de la realidad, pero dotada de esa carga conceptual demostrada en la magnífica monografía de Justino Fernández: *Coatlicue*.⁶

Delante de esta estatua que tanto horrorizó a De Fossey se encontraba

la piedra triunfal de forma redonda, la que mide siete pies de diámetro y dos de alto. La adornan en su ruedo bajos relieves representando un guerrero

⁵ *Historia de la Arqueología Mexicana*. México, Editorial Porrúa. S. A. 1979, p. 75.

⁶ México, U N A M 1954.

que sale vencedor de catorce campeones sucesivamente.

Es vulgarmente llamada *pedra de los sacrificios*, probablemente a causa de una canaliza que se dice haber sido practicada en ella para dar paso a la sangre de las víctimas, pero lo que se sabe sobre los sacrificios de los antiguos mexicanos, la piedra en que inmolaban a la víctima era muy diferente de esta.

Aquella piedra en su parte superior estaba convexa, medía cinco pies de largo, cuatro de alto y tres de ancho.

De Fossey hace una relación muy detallada de la ceremonia de los sacrificios, práctica que, en virtud del Evangelio —repite— fue desterrada del Nuevo Mundo.

La visita al Museo le trae a las mientes otro monumento prehispánico, el más célebre de cuantos se han encontrado:

el calendario mexicano, que decoraba uno de los santuarios del *teocali*, el que en el día está colocado en la pared occidental de la catedral.

Consta de un pedrusco de pórfido poroso de once pies de diámetro. Cuando se tiene la clave de todos los signos representados en círculos concéntricos en aquella piedra, se asombra uno de ver la precisión de las observaciones y la exactitud de los cálculos astronómicos de unos pueblos que, bajo muchos aspectos, estaban aún en pañales en punto a civilización.

Para De Fossey los aztecas distaban mucho de ser civilizados, por lo mismo, le sorprende el calendario mexicano, mejor llamado Piedra del Sol y que, más que un monumento en que se registran cálculos astronómicos, se señalan básicamente las edades cosmogónicas y el calendario ritual según el pensamiento mexica o azteca.

De su visita al hoy estado de Morelos, De Fossey también dejó sus impresiones. A seis leguas de Cuernavaca, De Fossey informa que la casualidad había hecho descubrir hacía no muchos años, una cueva de gran extensión y hermosura que, aunque conocida de los indios, no lo fue de los españoles. A principios de 1833, el barón de Gros recorrió la mayor parte de aquella asombrosa excavación de la que pintó varias vistas y, a su regreso a México, refirió su experiencia. Ante lo expuesto por el barón, el gobierno mexicano determinó nombrar una comisión para que fuera a explorar aquel subterráneo y, designó para presidirla al francés barón de Pedrauville. La comisión tenía dos objetivos: la cueva de Cacahuamilpa y las antigüedades de Xochicalco,

respecto de las cuales concuerdan poco entre sí los escritores que de ella han tratado, pero no creo que se haya dado cumplimiento a esta segunda parte.

Después de esta explicación, De Fossey pasa a reseñar las ruinas del antiguo

monumento “conocido con el nombre de atrincheramiento militar de Xochicalco”, que consta

de una colina de forma cónica de 117 metros de alto poco más o menos, dividida en cinco tramos de unos 20 metros de cada uno de elevación perpendicular, con un vasto edificio arruinado en su cumbre, rodándola un foro ancho y profundo, de manera que todo el atrincheramiento tiene más de 4,000 metros de circunferencia.

Mide la plataforma superior 86 metros de largo y 72 de ancho; la rodea un muro de cantería de dos metros de alto, en cuyo centro se levantan los restos de un monumento piramidal, que igualmente constaba de cinco tramos, de los cuales no queda más que el primero, habiéndose destruido los demás para suplir con materiales las construcciones de una hacienda inmediata; pero por las dimensiones de éste se puede inferir que la altura del edificio sería de unos 20 metros

Fórmanse el revestimiento de los muros de piedras de cantería de buen corte, esculpidos en bajos relieves representando figuras jeroglíficas de conejos; de monstruos fantásticos, de armas, de partes de vestidos y de hombres sentados con las piernas cruzadas, a modo de los orientales, llevando en los ojos un adorno semejante a unos anteojos.

No se percibe ninguna señal de escalera para subir a la cumbre de aquel monumento; pero esta circunstancia, difícil de explicar por los que han visto un *teocali* común en las ruinas de Xochicalco, nada tiene ya de sorprendente cuando se consideran como un templo sirviendo a un mismo tiempo de fortaleza, en donde, atacados los guerreros, iban a refugiarse bajo la égida de sus divinidades tutelares, sin desatender con todo ninguna de las precauciones que podrían contribuir a hacer eficaz su divino socorro, y haciendo desaparecer toda vía de comunicación entre ellos y los sitiadores, ya dueños de la plataforma, a quienes dominaban como de lo alto de un nido de águila.

En su viaje al puerto de Acapulco De Fossey estuvo en las ruinas de Xochicalco. Lo que le impresionó fue la inaccesibilidad de Xochicalco como conjunto urbano prehispánico. Las condiciones en que vió estas ruinas le impidieron percatarse de que se trata de un cerro arreglado por la mano del hombre en plataformas, taludes y contrafuertes y en cuya plataforma superior se localiza, entre otras estructuras, la hoy conocida como pirámide de la Serpiente emplumada que, de ninguna manera sirvió de fortaleza. Excavaciones posteriores han revelado la existencia de una escalera que conducía a un cuarto superior. De Fossey con acierto especifica muchos de los elementos que decoran las fachadas exteriores del gran talud y del templo que lo corona, sin embargo, es curioso que le hubiera pasado inadvertido el espléndido diseño de cuatro serpientes emplumadas que adornan el talud, las que dan nombre inclusive al monumento.

De Fossey también visitó Teotihuacan “célebre por los *teocalis* que se encuentran en sus inmediaciones”.

Según sus noticias esos *teocalis* fueron levantados por los toltecas hacia los siglos VII o IX de nuestra era, y la gente del lugar los llamaba “cerritos”

y efectivamente, ahora que el templo ha hecho desaparecer casi todos los ángulos de estas pirámides cubiertas de vegetación hasta su cumbre, se tendrán por turgencias volcánicas, de las que se encuentran en los parajes antiguamente trastornados por fuegos subterráneos.

Los templos estaban —dice— consagrados al sol que los indígenas llamaban en su idioma *Tonatiuh* y a *Mextli* (luna). Al referirse a las medidas de las pirámides cita a Humboldt. En la cumbre —comenta— se veía un pequeño edificio de piedras en bruto al parecer posterior a la conquista y construido sobre el terreno del santuario de la divinidad pagana.

El interior de estas pirámides es de barro mezclado con piedras; está hecho de revestimiento de amigdaloides y cemento con un baño de cal, que se conoce en varios puntos, presentando capas muy perfectamente lisas. Están enteramente destruidas las escaleras que subían a la cumbre, divisándose sólo su lugar, se inclina uno a creer que eran de cantería. A las dos terceras partes de la altura de la pirámide mayor, en su fachada oriental, si recuerdo bien, se encuentra un hueco bastante profundo, que se dispuso cuando se fabricó el monumento, y cuyo objeto ignoro. Tapaban su entrada piedras, tierras y matorrales que habían ocultado su existencia hasta que la descubrieran, hace como diez años, algunos franceses.

Entre estos dos *teocalis* se encuentran un gran número de pequeñas pirámides de quince de treinta pies de elevación, consagradas a los astros secundarios o destinadas para sepulturas de los grandes sacerdotes o jefes de tribus. Están dispuestos con orden, y en el centro de su grupo, se nota una lápida muy grande cubierta de jeroglíficos. Los dos *teocalis*, estos *tumuli* y el espacio mediando entre ellos, están cubiertos de fragmentos de vajilla de barro y de una cantidad inmensa de pedazos de obsidiana, cortados o en bruto, pero las veces preparadas en dardos de flechas.

Son estos monumentos los más antiguos de los pueblos, cuyas emigraciones son conocidas; pero son también las menos interesantes respecto a las artes, pues nada vemos en ellos de lo que excita nuestro interés en los de Xochicalco y de Papantla.

Durante mucho tiempo se persistió en atribuirle a los toltecas la construcción de Teotihuacan, De Fossey, como es lógico, está dentro de esta confusión, de aquí también, que dé equivocadas las fechas de la gran metrópoli del Valle de México; el esplendor de Teotihuacan se sitúa en los inicios de la era cristiana y perdura hasta el año setecientos.

Debido al estado ruinoso en que se encontraba la metrópoli la descripción que hace de Teotihuacan es demasiado general, por lo tanto confusa e inexacta. Demuestra pocos conocimientos sobre el desarrollo del antiplano central. Y, desde luego, por estar cubierta la ciudad por la vegetación no pudo captar la traza, la simétrica y racional distribución de los monumentos. No le sorprendieron, estéticamente, la grandeza y percepción de los trazos arquitectónicos que caracteriza a las pirámides del Sol y de la Luna a las que menciona sin darle una mayor valoración.

En su afán por conocer México, De Fossey estuvo en Tuxpan, “la antigua Tusapan de los totonacas” y fue a visitar las ruinas del Tajín.

En el mismo país de los totonacas —expresa— se encuentran las ruinas de uno de los más hermosos monumentos de la América, que es la pirámide de Papantla

Esta pirámide llamada por los naturales del país el *Tajín*, dista diez y seis leguas de Tuxpan, y dos del lugar de Papantla, y creo que el señor Nebel es el único que ha dado un dibujo de ella. Consta de siete tramos dispuestos por atriles, unos sobre otros y siempre por el mismo ángulo de declive, siendo su basa un cuadro perfecto de ciento veinte pies ingleses por lado, y su elevación total de ochenta y cinco pies, y está fabricada de cantería de pórfido, revestido de una capa de cemento; cada despiezo ofrece una continuación de nichos cuadrados dispuestos con simetría, y tienen una profundidad igual a su latitud, cuyo número asciende a lo menos trescientos sesenta. Queda dividida en dos la principal escalera, que se encuentra en la fachada oriental de la pirámide, por un intervalo de tres nichos, saliendo tanto en el cuerpo de la pirámide como las extremidades de la cornisa de cada tramo, siguiendo con el ángulo de declive de toda la masa. Sólo se subía por la escalera hasta el séptimo tramo, el que está arruinado, y probablemente estaba hueco para contener la divinidad a quien estaba consagrado el templo.

De Fossey no se olvida de señalar las muchas penalidades para llegar hasta el Tajín, monumento que pronto quedaría destruido por la vegetación.

Son casi inaccesibles los montes que rodean al *Tajín*, y únicamente con la hacha o el machete es como se puede llegar hasta aquel monumento, que sólo se encuentra teniendo un conocimiento particular de las localidades. Ya se ha apoderado de él la vegetación; una multitud de arbustos y aún de corpulentos árboles se han arraigado en las coartaduras, entre las piedras desunidas; y derrumbando los obstáculos que se oponen a su medra, amenazan el edificio de una destrucción completa y cercana.

Es grato que a lo largo de la lectura de este viajero francés, un edificio indígena merezca ser considerado como uno de los más hermosos de América.

De manera muy general y poco precisa, De Fossey se refiere al elemento ca-

racterístico fundamental de la llamada pirámide de Papantla, compuesta por una serie de cuerpos decorados con nichos, cada uno de estos cuerpos rematados por una cornisa, lo que da a la pirámide un aire de ligereza y movimiento.

Al referirse a los nichos que decoran la parte central, sin base alguna afirma que existe un hueco para albergar a la “divinidad” a quien estaba consagrado el templo, incurriendo así en una falsedad.

En el Tajín la sucesión de nichos a intervalos regulares se continúan hasta el remate de la escalera del basamento, el que, como todas las pirámides mesoamericanas sustentó un templo, de éste aún hoy día casi no se tienen datos.

En su viaje a Oaxaca De Fossey después de dar una información histórica sobre los zapotecas, menciona que de su antiguo esplendor sólo se conserva un crecido número de “atillos cuya mayor parte son sepulcros y algunos *teocalis*”, y que toda la campiña entre Zaachila, Cuilapa y Oaxaca

está sembrada de estos túmulos cónicos, cuya altura varía de 15 a 50 pies. Son de tierra o de piedra, mezclada con barro, con una cueva pequeña en el centro, en la cual se encuentran generalmente osamenta y figurines de barro o de piedra, representando, algunos, imágenes fantásticas de ídolos, y, otros, reproduciendo probablemente las facciones y la categoría del difunto, siendo el carácter del rostro igual al de los indios zapotecas de la época presente, con grandes narices muy aguileñas, bocas con jetas, y ojos levantados como los chinos; en una palabra, es del todo el tipo tártaro.

Estos sepulcros encierran también espejos metálicos, amuletos de piedra o de mármol pulido, hachas de cobre, cuyo uso no alcanzo a conocer ni como armas, ni como instrumentos cortantes, en atención a su poco espesor, y a lo fácil de torcerse. Algunas veces se han encontrado collares de bolitas cubiertas de oro, adornos de oro para la cabeza y las orejas, y aún hace pocos años que el cura de Tentián del Valle poseía un periquito pequeño del mismo metal, esculpido con arte, el que habían encontrado en uno de los sepulcros de dicha aldea.

En su recorrido por Oaxaca De Fossey tuvo oportunidad un tanto fortuita —no hay gran claridad en su descripción— de conocer tumbas que bien pudieran haber sido zapotecas o mixtecas. La referencia, posiblemente exacta, a la representación de los ídolos cuyas características describe como tipo “tártaro”, tal vez se refiera a la frecuente presencia de urnas de barro en las que aparecen rostros cuyas facciones corresponden, más o menos, a las que nos describe. Sin embargo, como en las otras ocasiones, su reseña es demasiado general y producto de un ojo poco acostumbrado a la novedad de lo que veía, tanto en arquitectura como en escultura, grandes monumentos o de escala menor, cualquiera que fuese el material.

De Fossey estuvo también en Mitla,

célebre antiguamente —apunta— por su colegio de Teopijqui (*ministros de Dios* en lengua zapoteca), por sus templos, sus palacios y el esplendor de las

funciones religiosas; y todavía lo es hoy en día, por algunos vestigios de aquellos edificios que manifiestan tanto gusto cuanto inteligencia en las artes.

El viajero se explaya en la descripción de los “cuatro palacios o sepulcros” que se extienden de norte a sur, dedica varias páginas de su libro a las ruinas de Mitla, al uso de los palacios. De uno de éstos —el segundo— especifica que no presenta nada de grandeza en su arquitectura,

las salas interiores son pequeñas, enteramente incómodos los corredores y la elevación de los edificios no llega a cinco metros. No contienen nada que se pueda comparar con las construcciones del antiguo Egipto, en cuanto a lo grandioso y a la majestad del estilo

Pese a esta comparación desventajosa para Mitla, De Fossey añade,

la arquitectura de los palacios de Mitla no carece de gracia, ni tampoco de mérito en la ejecución; al contrario merecen toda la atención de los viajeros, la hermosa montea de su cantería, la estructura de los edificios, y la clase y gusto de sus adornos.

Un único palacio permanece en pie,

Tiene la forma de tres brazos del aspa de San Andrés. La fachada que cae a un patio mide 132 pies ingleses de largo y 14 de elevación. En el centro están practicados vanos para tres puertas, que tienen la mitad de la altura total, y un pie más de ancho; y son los únicos huecos del edificio, en cuyo interior debía reinar la más profunda oscuridad. Todos los lienzos exteriores están revestidos de una piedra porosa cortada con mucho esmero, presentando un doble basamento de unos 3 pies, superando por tres hileras de cuadros de 12 pies de largo cada uno y dos de alto, poco más o menos, coronado todo con un cornisamento, bien señalado sólo en los ángulos. Cada cuadro ofrece una greca de piedras, cortadas en forma de ladrillos y dispuestos de modo que forman un dibujo en relieve. Adornan la fachada veintidós grecas casi todas distintas.

De Fossey describe la primera sala, el corredor que conduce a una sala redonda sin adornos, pero en la que se advierten lo mismo que en el corredor,

restos de pinturas al fresco en una capa de estuco, del cual parece que el piso también tuvo un baño. Por lo que toca al techo ha desaparecido, quedando sólo una vigueta carcomida en una de las pequeñas salas laterales.

Dentro de pocos años —vaticinaba De Fossey— no quedaría nada de ese pala-

cio porque proseguía su demolición, los indios tomaban los materiales.

De Fossey se detiene en los “teocalis” que se levantan “al este y al norte de estos mismos”. No deja sin detallar “la fortaleza” situada “a tres cuartos de legua de esta aldea”, especifica cómo es la “fortaleza” descrita puntualmente por el capitán Dupaix “con la capacidad de un hombre de arte”.

Desde lo alto de la fortaleza de Mitla se contempla un paisaje desolado; se revela entonces el romántico que ve una correspondencia entre este paisaje y la imagen de la destrucción

propia para realzar el efecto de los palacios de *Liobaa*. Un torrente de agua salada, que crece con las tempestades, corre en medio de los arenales polvorientos que va arrastrando; están secas y despobladas sus márgenes; apenas se ven a trechos algunos nopales diminutos o algún árbol del Perú tan ruin, cuanto árido es el terreno en donde ha echado sus raíces... Sopla un viento frío y desabrido casi de continuo hacia el fondo del valle, levantando torbellinos de arena que oscurecen el aire y se esparcen por el campo a lo lejos.

La prolija relación de Mitla y sus palacios hecha por De Fossey, está tomada “en su mayor parte de otros escritores”, según sostiene Manuel Francisco Álvarez, en su obra *Las ruinas de Mitla y la Arquitectura*. México 1900. p. 158.

De Fossey también dejó su testimonio sobre Monte Albán,

después de haber salvado un baluarte escarpado se llega a una magnífica explanada circular en cuyo centro se levanta el fuerte principal; en derredor están dispuestos varios fortines, algunos de los cuales también tienen su explanada exterior defendida por otras obras, y formando cerros artificiales la basa de dichos fortines. La mayor parte tienen su camino cubierto, que servía a un mismo tiempo de entrada a estas posiciones y de vías de comunicación entre los diferentes puntos de la plaza.

Monte Albán no es un fuerte es una ciudad religiosa y funeraria, De Fossey parece que tiene una curiosa obsesión: adscribir a las ciudades prehispánicas un carácter de fortaleza. Tal vez esta idea pudiera provenir de las características de la arquitectura medieval, más conocida por él. En el caso del paisaje arqueológico mesoamericano el viajero francés no tuvo la capacidad de adaptar su ojo a la multifacética relación de amplios valles y elevadas montañas, y confundió en muchas ocasiones a los montículos arqueológicos cubiertos de vegetación, como parte de la naturaleza, y no vió este paisaje como vestigio ruinoso de antiguas y bien planificadas ciudades prehispánicas.

En su rumbo por la República, De Fossey conoció las ruinas de Palenque, y recalcó su enorme importancia, su misterio.

Las ruinas de Mitla, de Xochicalco, de Papantla etc., son muy conocidas por haber sido a menudo descritas; pero hay otras en la provincia de Chia-

pas que excitan mayor interés, y a los que encubre todavía un misterio impenetrable; son las ruinas de Culhuacán, por otro nombre Palenque, por llamarse así una aldea inmediata. Situadas en medio del yermo, cortado por ciénegas y selvas, permanecieron ignoradas por los españoles hasta fines del siglo pasado; desde entonces han sido exploradas y dibujadas por el Sr. D. Antonio del Rfo (1978), por el capitán Dupaix (1806), y últimamente por el Sr. Waldeck.

Al decir de De Fossey, el artista Waldeck también dibujó las ruinas de Isamal, “pero su carácter muy conocido permite dudar de la exactitud de todas sus noticias arqueológicas.”

Tiene razón De Fossey, la idealizada visión de Waldeck es la neoclásica en la que estaba formado. No obstante, sus dibujos son documentos que muestran un modo de apreciar el mundo indígena.

De Fossey se demora en la explicación de las ruinas de Palenque.

Estas ruinas que cubren un espacio de seis o siete leguas en contorno, presentan templos, pirámides, sepulcros, fortificaciones, acueductos, puentes y bajo relieves adornados con figuras y jeroglíficos. También se encuentran estatuas colosales, ídolos, vasos, instrumentos de música etc., y todo prueba que aquella ciudad fue habitada por un pueblo adelantado en las artes y en la civilización.

Está todavía en pie el palacio principal y bastante bien conservado. Es un edificio de 300 pies de largo y 30 de alto, circundado por un peristilo. Su interior está dividido en varios cuerpos separados por patios, y en el centro está levantada una torre de la cual quedan cuatro pisos. Están adornadas sus paredes, representando figuras de ocho y diez pies de alto. Estas tienen un carácter de cara particular, estando su nariz y su frente por una misma línea curva, que forma un arco de 60°, y parece esta singularidad haber sido un tipo distintivo de los antiguos moradores de Culhuacán, pues se encuentra en todas sus esculturas.

No obstante, no existe entre las poblaciones índicas ningún indicio de este tipo original, ni tradición alguna que tienda a ilustrar respecto de la época en que desapareció esta raza antigua. Esta circunstancia combinada con la vegetación prodigiosa que ha invadido toda la ciudad, sale en prueba de que ha desaparecido en una época muy remota, ya sea con motivo de una peste, o ya de una guerra de exterminio.

¿De donde, pues, vendría este pueblo, cuyos principios arquitectónicos, cuyos instrumentos y símbolos tienen una conexión evidente que lo que vemos en la hoya del Nilo? ¿Cuáles fueron las causas de su emigración, la época de su establecimiento en esta comarca y su aniquilamiento? Tales son las cuestiones que ya han ejercitado la ciencia de los arqueológicos sin tener hasta la fecha solución satisfactoria.

De Fossey vuelve a confundir los nombres de Culhuacán con Palenque. Junto

a datos generales, agrupa formas artísticas y otros objetos que no son característicos de Palenque, así alude a lo que no existe como fortificaciones, acueductos, se equivoca al tomar la torre de vigilancia como una fortificación; las estatuas colosales a las que se refiere, son relieves, y tampoco hay ídolos o vasos o instrumentos musicales.

Al mencionar el tipo físico de los relieves en piedra, el excursionista, lo busca en la India o en la tradición, es muy comprensible que no haya podido entender la filiación étnica de los personajes representados, que son mayas, pero que muestran la típica deformación craneana que se usó en esta cultura como un ideal de belleza de la alta aristocracia.

La preocupación de De Fossey por el origen de la adelantada civilización constructiva de Palenque, lo lleva a escribir una amplia nota al pie de página en la que contradice lo asentado por William Prescott, quien afirmaba que Palenque podía haber sido fundada por los toltecas. De Fossey tenía razón al criticarlo y al sostener que no fueron los toltecas los pobladores de ese centro ceremonial. Ataca también la posición de los que aseguraban que Palenque era antdiluviano, pues según su opinión, carecían de bases, ya que monumentos tan elaborados no podían en manera alguna ser de época tan remota.

Al preguntarse de donde vendría el pueblo que levantó Palenque, como era usual en su tiempo recurre a equiparar la cultura de Palenque con la egipcia, acaso por las pirámides. Por último admite que en esos años todavía se desconocían las causas por las que había desaparecido Palenque, incógnita que en parte se ha resuelto en nuestros días.

Con la visita a Palenque cuyas “ruinas cubren un espacio inmenso, con esculturas y relieves de ejecución bastante hermosa”, De Fossey puso fin a sus excursiones arqueológicas.

Al mencionar De Fossey la industria del país, consagra un elogio agradecido a su editor Ignacio Cumplido. Solamente —recalca— hay un establecimiento nacional que merece ser tomado en cuenta, y es la imprenta de Ignacio Cumplido, mexicano emprendedor que de la nada había logrado un establecimiento magnífico.

mérito propio de una inteligencia superior, la que, ordenando la prudencia con la sagacidad, apresuróse con pausa en su marcha, proporcionando siempre los medios de éxito con el objeto que se propone.

¡Plugiera a Dios!, exclama De Fossey, que en México se encontraran muchos hombres tan resueltos como Ignacio Cumplido, para que dieran un gran impulso a la industria y a las artes mecánicas.

En esta imprenta de Cumplido se hicieron también las litografías que ilustran *Viaje a México*. Manuel Toussaint en su estudio *La litografía en México en el siglo, XIX*,⁶ dice que

⁶ *La litografía en México en el siglo XIX*. Sesenta facsímiles de las mejores obras con texto de Manuel Toussaint, México, Estudios Neolitho. M. Quezada, 1934.

Ignacio Cumplido, el justamente famoso impresor, utilizó desde bien temprano los servicios de la litografía. En efecto, ya en 1844 se hacen en su imprenta litográfica las láminas del *Viaje a México* de Fossey, una de las cuales está firmada por Heredia.

Aunque una sola litografía, “Corrida de toros en la plaza de San Pablo” está signada, no hay duda de que todas las láminas son de Joaquín Heredia, pues basta observar la aplicación del lápiz graso sobre la piedra litográfica para que se muestre definido su estilo, sin la necesidad de insistir en su propia firma pues queda implícita en su manera de expresión artística.

La primera litografía: “Vista en el alto Coatzacoalco” capta lo que el viajero ve desde la canoa por la que navega en el hermoso río, la espesura verdosa de la selva, “con sus ramas entrelazadas que salían hasta quince o veinte pies de la orilla, ya rozando la superficie del agua, ya doblándose a manera de bóveda”, y de cuando en cuando asomaba en el río la cabeza algún caimán.

La litografía con el paisaje tropical y su atmósfera resulta muy poética. Bien compuesta parece una bocaescena enmarcada por dos grandes troncos; da la impresión de ser un fondo de teatro realizado con gran finura y esmero.

De todos aquellos ilusos colonizadores de Coatzacoalcos quedó viviendo en la región sólo uno, conocido, relata De Fossey, como Mr. Charles; aislado en una cabaña a pocos pasos del río. “Este nuevo Robinson cuyas barbas le caen hasta el pecho. Tiene por calzado el pellejo de un caimán, cosido con hilo de pita; sus vestidos están hechos de estera de junco, y su gorro de piel de tigre”. La litografía “Un nuevo Robinson” representa a Mr. Charles, lo que más destaca en la lámina es el tono de exotismo que se trata de darle a la naturaleza; el personaje un poco acartonado y vestido tal y como lo ha pintado De Fossey, tiene un aspecto melancólico, como si añorara la civilización que ha dejado atrás; por lo mismo, no es un auténtico Robinson.

La primera corrida de toros que presencié el viajero fue el año de 1833 al iniciarse la temporada, con asistencia del presidente de la República, en la plaza de toros de San Pablo, naturalmente, lo horrorizó. Más tarde, a fuerza de asistir a las corridas acabó por gustar del espectáculo. De Fossey describe la plaza que es circular construido su anfiteatro de madera como los de Madrid y Sevilla. “El recinto está cerrado con una valla de unos cinco pies de alto, detrás de ésta le da la vuelta redonda un corredor que la separa de las grandes, detrás de las cuales se levantan tres hileras de palcos ocupando la mayor excentricidad del circo”. En la litografía puede apreciarse, también, lo asentado por De Fossey: en los palcos de sombra la gente principal de México, las señoras con sus mantillas de blonda blanca y adornado el pelo con flores; en las gradas del mismo lado los hombres bien vestidos, “de suerte que esta primera mitad del recinto presentaba una vista hermosísima que hacían mágicas las tamañas dimensiones del circo y la elegancia y el lujo de los vestidos.”

Muy otro era el aspecto del lado de sol en donde alrededor de la valla y en los terceros palcos estaba la gente mal vestida y de trueno.

La litografía en todos sus detalles: movimiento, gallardía del torero y del picador y de cuantos entran en la fiesta brava es una preciosa escena costumbrista, trabajada con mucha acuciosidad; están muy bien marcados los palcos de sol y de sombra, aunque le falla la perspectiva curvilínea de la plaza, por lo demás, muy difícil de reproducir.

A media legua de Tacubaya se levanta dice, De Fossey, “un medio de un soto copado el pintoresco cerro de Chapultepec, coronado con su hermoso castillo... Descúbrese desde la azotea del edificio, la que en parte se ha convertido en huerta, uno de los más raros y curiosos panoramas; pues a medida que está uno girando sobre su propio eje, van desarrollándose los cuadros a sus ojos, como en el *Colosseum de Regent's Park*; pero con esta diferencia que, en lugar de la atmósfera nebulosa de Londres, una vivísima luz es la que alumbraba el seno de Anáhuac”.

La vista del Alcázar de Chapultepec es una de las más cuidadas estampas de *Viaje a México*. Los efectos de lejanía y atmósfera están muy bien logrados, y las pequeñas figuras dan la nota y escala humanas. Se observa asimismo la simplicidad de los trajes de los indios de esa época.

Uno de los sitios que en su trajinar por la República, le pareció más pintoresco a De Fossey fue la hacienda de Regla, “colocada en una garganta estrechada entre dos cuestas perpendiculares, sostenidas por columnas de basalto de mucha regularidad”. La cascada de Regla lo maravilló. La litografía muestra la extraordinaria formación geológica de prismas verticales que tal parecieran haberse hecho artificialmente. Este paisaje es uno de los que más ha llamado la atención por el vigor con que la naturaleza se manifiesta. La litografía trata de aprehender este fenómeno de singular belleza y majestad natural. Se insiste en el hermoso contraste entre los acentos verticales que se elevan hacia lo alto y, como contraste, el desplome de la cascada hacia la parte inferior, y “cuyas aguas pasando entre las columnas medio separadas, forma mil resaltos en donde vienen a reflejarse los rayos del sol”.

En el anuncio de *Viaje a México* publicado el 24 de mayo de 1845 en *El Siglo Diez y Nueve*, como uno de los atractivos, se afirmaba que la undécima entrega se ilustraba con “una estampa representando la fachada del palacio principal de Mitla, que no existe en los dibujos del capitán Dupaix”.

Los dibujos a que hace alusión el anuncio no son de Dupaix sino de su compañero en las expediciones, el dibujante mexicano y “delineador” José Luciano Castañeda. Los dibujos de Castañeda se usaron para las litografías que ilustran *Antiquités Mexicaines. Relation des trois expéditions du Capitaine Dupaix, ordonnées en 1805, 1806, et 1807, pour la recherche des antiquités du pays notamment celles de Mitla et de Palenque; accompagnée des dessins de Castañeda...* París. 1834, 3 vols.⁷

⁷ Esta obra ha sido nuevamente publicada en México por San Ángel Ediciones, S. A. 1978: Atlas de las Antigüedades Mexicanas halladas en el curso de los tres viajes de la Real Expedición de

La obra de Dupaix fue muy pronto conocida en México. En *El mosaico mexicano*. Tomo II, 1837, impreso y publicado por Ignacio Cumplido, en sección “Antigüedades Mexicanas” se reprodujo la descripción de la fortaleza de Mitla hecha por Dupaix, ilustrada con las litografías “Vista y altura de la fortificación de Mitla” y “Plano de la fortificación de Mitla”, del litógrafo R y F. (Rafael de Rafael), copiadas de la obra de Dupaix.

Los dibujos de la litografía “Fachada del palacio principal de Mitla”, con variados diseños y grecas dispuestas en bandas sucesivas parecen haber sido tomados del edificio de las Columnas.

El editor de *Viaje a México*, Ignacio Cumplido se enorgullecía de ofrecer a los suscriptores como una novedad esta litografía que no se encontraba en la importantísima y temprana obra del capitán Dupaix.

Heredia en sus litografías despliega románticamente el paisaje de nuestras tierras desde el del trópico hasta el casi irreal de la cascada de Regla; se detiene en la serenidad y majestuosidad del valle de México recorrido por sus ancestrales habitantes, los indios y resalta su arquitectura representada por el alcázar de Chapultepec. Una imagen muy del tiempo nos revela en “Un nuevo Robinson”. Nos lega asimismo una graciosa estampa costumbrista y los dibujos de uno de los edificios de Mitla.

Heredia, según Toussaint:

aparece el año de 1839, año en que ilustra la curiosa publicación de Cumplido llamada la *Guirnalda* con litografías aún mediocres, firma igualmente las láminas del *Viaje a México* de Fossey. Después parece que ingresa en el taller de Salazar.

Efectivamente, Heredia trabajó en el taller de Hipólito Salazar, allí estaba en 1843, como lo prueba este anuncio publicado el 7 de julio de 1843 en *El Siglo Diez y Nueve* que, por su interés e importancia, aquí transcribo. La obra tenía la intención de darnos a conocer tal cual somos, principalmente ante las naciones extranjeras, propósito, que culminaría en *Los mexicanos pintados por sí mismos*. (1855).

Costumbres y trajes nacionales.

Álbum dedicado a las señoritas mexicanas, con 16 estampas dibujadas e ilustradas por D. Joaquín Heredia, e impresas en litografía por D. Hipólito Salazar. Acompañadas de artículos descriptivos y pintorescos por Redactores del Museo Mexicano

Tal es la curiosísima obra que debe publicarse en esta importante im-

Antigüedades de la Nueva España, emprendidas en 1805, 1806 y 1807. Contiene la reproducción facsimilar de las litografías ejecutadas a partir de los dibujos de José Luciano Castañeda e impresas en París en 1834, por Jules Didot. Así como la relación de los dichos viajes por el Capitán Guillermo Dupaix, Jefe Real de la Expedición.

prenta en papel superior y con tipos hermosos y modernos recibidos últimamente de los Estados Unidos y de Francia.

El editor se persuade que una clase de publicación tan útil e interesante, y en la que son mexicanos los que cooperan en su formación, no podría menos de agradar a las bellas y amables mexicanas, así como a todos los que están interesados en los progresos artísticos y literarios de nuestro país, tanto más cuanto que esta clase de obras dan a conocer en las naciones extranjeras de una manera verídica las costumbres y usos de México, que tienen un sello característico y singular aún para los mismos habitantes de la República que no han fijado su atención en los tipos originales que en vano se buscarán en otras partes del mundo.

El primer tomo de la obra de que se trata constará de cuatro entregas y cada entrega contendrá cuatro estampas iluminadas con sus respectivos artículos.

Las suscripciones se reciben en esta capital en la Alacena de D. Antonio de la Torre y Librería Mexicana situados en la esquina del Portal de Mercaderes y Agustinos, en la Antigua Librería de Galván y en esta imprenta. En los departamentos reciben suscripciones los encargados de los del *Siglo XIX*.

Precios de cada entrega para los suscriptores, que se pagará al tiempo de recibida... 6rs. En los departamentos, franco de parte... 1 peso Ejemplares sueltos para los que no sean suscriptores en la capital... 7rs.

La obra comenzará a publicarse tan luego como se reúna el número competente de suscriptores.

¿Logró Ignacio Cumplido los suscriptores necesarios para publicar el álbum *Costumbres y trajes nacionales*? Seguramente, no.

Este álbum de *Costumbres y trajes nacionales* no se publicó como tal. En la introducción al tercer tomo de *El Museo Mexicano* (1844) se hizo esta aclaración:

como el objeto de este periódico consiste en mezclar lo útil con lo agradable, sus editores han resuelto insertar en el *Museo* la colección que con el nombre de *Costumbres y trajes nacionales*, habían anunciado publicar separadamente en un álbum.

Heredía en 1845 colaboraba en “el admirable *Gallo Pitagórico*, y en 1846 y 1847 en las ilustraciones del periódico *El Católico*”; cuando ilustra el *Viaje a México* es ya un apreciable litógrafo que tiene el mérito de ser uno de los primeros de esta técnica innovadora en ese entonces; sin embargo, no alcanza todavía la excelencia técnica que, apenas unos años después, lograrán un Casimiro Castro o un Campillo quienes llevarán a la litografía mexicana a su más alto nivel expresivo.

Volviendo a De Fossey ¿cumplió su palabra de ser veraz? Me parece que sí.

Evitó juicios políticos, la crítica acerba, sus censuras devienen en poca monta. En este su *Viaje a México*, repertorio de informaciones históricas, datos y apreciaciones, De Fossey se interesó, especialmente, por lo urbanístico, lo arqueológico y lo costumbrista; el paisaje no le fue ajeno. Su libro tiene la valía de ser, entre los muchos que se escribieron en el siglo XIX, un intento por comprender a nuestro país y en ningún momento denigrarlo. Es también un testimonio romántico de un México pintoresco, bullente y del que, conforme a su promesa, eludió el otro lado, ese en el que nuestro país forjaba, en medio de la tragedia, su destino histórico, político y social.